

EL CONVENTO DE SAN DIEGO (1)

(Premiado en el concurso abierto por *Revista Moderna*)

'Tis distance lends enchantment to the view.

CAMPBELL.

Resguardado tras el sombrío de acacias polvorientas, rosales incultos y desvaídos alcaparros, el edificio aquél subsiste después de tres siglos, cubierta de líquenes la techumbre y al amparo de sus bastiones.

Antaño casa recoleta de franciscanos, más tarde asilo de orates, hoy allí tan sólo permanece la querencia de muchas almas raizales, que vestíbulo adentro suelen ir a gustar añoranzas o calmar quizás arrechuchos, y respirar el ambiente reconcentrado de incienso y ramos marchitos ante el Sagrario, bajo el abrigo de la ermita silenciosa.

Porque las tradiciones, cuanto más añejas, tienen todo el halago de un zahumerio, la suavidad sugestiva de algún susurro distante y campestre a la lumbre del crepúsculo, la tersura del cuero de Córdoba, las sabrosuras acendradas de fruto en sazón; y bien valen el «vaso de bon vino,» que dijo Berceo.

(1) «La recoleta de San Francisco, fundada en 1606 con el nombre de San Diego en un terreno llamado *La Burburata*, casa de recreo de don Antonio Maldonado de Mendoza, situada al norte de la ciudad y comprada por los frailes con tal objeto, es el edificio que conserva mejor en Bogotá el carácter monástico de pasados siglos, que contrasta con la elegancia y simetría de las construcciones modernas que la rodean. Fray Luis de Mejorada, provincial de franciscanos en 1606, compró por \$ 1.100 el terreno llamado *La Burburata*, y las casas que en él estaban construidas, para fundar recoleta de la orden franciscana, lo que llevó a efecto en 1607, cuando no se había concluido la iglesia de San Diego, anexa al convento.»—(Ibáñez. *Crónicas de Bogotá*, tomo I, capítulo VII).

De ahí que a pueblos jóvenes, tanto como a naciones decrepitas, engolosinen más las memorias remotas del terruño solar. De ahí que mientras emudece injustamente olvidado el romancero de nuestra Guerra Magna, *El Gonzalo de Oyón* y *Los Colonos* vibren todavía con placidísima cadencia, donde el oído advierte rumores de espesuras del trópico, dejos de esquila monacal y frotos de acero repujado. De ahí, en fin, que el convento de marras, con sus lacras y desconchados, haya sido para nosotros aliciente de recuerdos que entre las rinconadas de aquellos paredones fueron a refugiarse como despojos secos del follaje en un remanso perdido.

A favor del pasado, y semejante a las aves y yerbas que buscan las grietas de los escombros, el alma se hace antigua y contemporánea de los monumentos que contempla, en expresión de Tito Livio. Mejor lo entendió Lemaître cuando escribía: «Soñar con el pasado es despertar a todos los hombres que llevamos dentro de nosotros: es prolongar nuestra vida de modo inverso al otro lado de la cuna: es gozar sintiendo que todo nuestro sér tiene raíces muy profundas; y gozar también por haber vivido tanto antes de haber visto la luz.»

Cuando hace pocos años no se había cegado aún el portal que daba acceso al claustro ahora mutilado, la curiosidad del visitante podía espaciarse a su sabor a través de escaleras y arquerías, reconstruyendo el aspecto del antiguo domicilio, poblando de fantasmas los corredores solitarios y suscitando en celdas y pasillos escenas familiares que por no constar en páginas de cronicón alguno, nos evitan la faena de rectificar nombres y fechas y nos eximen de repetir hasta la saciedad la historia de Folch de Cardona (1).

(1) Murió en 1770. Había profesado en el Convento Máximo de Santafé en 1761 y ordenádose en Santamarta en 1769. Predicó su primer sermón para la fiesta de Nuestra Señora en su capilla de San Diego, que enriqueció con alhajas valiosas.

Con esta disposición de ánimo quisiéramos tornar allá en espíritu desandando los tiempos; y acodados a un pretil divagar con el ensueño por los sombrajos húmedos del jardín; por los mortifiales del huerto y sus aledaños. Viérais entonces asomar desde tal o cual escondite los grumos del olivo revejido, en donde un par de gorriones violadores de la clausura riñen recelosos por dácame esas pajas, o emboscados acechan la salida del lego refitolero para picotear en el umbral de la despensa mendruguiños de mazapán y pepitas de lenteja; mientras los huéspedes del palomar contiguo, cansados de merodear en torno del vecindario, se acogen a sagrado invadiendo los desvanes, sin parar mientes en el micho poco monástico que encima del caballete se solaza y les mira con calma beatífica, cógelas a tiento y mátalas callando.

Acullá ese recoveco está pidiendo la parra de un patio andaluz; y las rejas del otro lado imploran cantinañas guitarrescas. Entre tanto, de estotros arriates se esparce un efluvio mañanero de tomillo, malvavisco y mejorana que hace respingar con moroso deleite. Averiguádselo a fray Sandalio, cuando apresurado cruza la galería y se pierde en el pasadizo de enfrente.

La brisa también trae tufillos de condumio procedentes de la recóndita cocina, y seguidos por ráfagas todavía más traviesas, en que mezclados al murmurar del arroyo de La Cabrera, se dejan percibir a distancia píos y cacareos. Es toda la volatería del corral que afluye a la rebatiña, al reclamo del hermano Novoa. Y son de oír las alarmas del gallo y las zozobras de la madre clueca y los pavejos, cuantas veces el cernicalo del campanario gira chillando sobre sus dominios.

Si metéis la nariz por el hueco de aqueste ventanuco descubriréis en el rincón cercano de la huerta, junto del salvio roñoso, tamaña higuera cargada hacia

el camino, para regodeo de los mirlos y eterna tentación de los chicos andariegos: pues en verdad, esos higos que revientan con mieles y aromas, están diciendo: «cómeme, cómeme.»

Bohardillas arriba y rellanos abajo, omitamos por ahora la vivienda del virrey (1). Demos a barato sus telarañas y tarimas. Ni hablemos de la colindante granja de Mayorga con su molino y alquería (2).

Dejemos tranquilo a esotro viejecito dedicado a la pitanza del loro amigo sobre la balaustrada. Echemos un vistazo cariñoso a su vecino valetudinario de la crujía, el cual dispensado de coro musita latinajos y masculla rezos en el sillón de su estancia. No interrumpamos a los dos religiosos de más allá, empeñados en desembrollar no sé qué líos litúrgicos con ocasión del venidero Cuasimodo.

Tampoco perturbemos al Reverendo Parrales, defenidor capitular, quien acá en la biblioteca husmea cierto códice apolillado, con olor de cucaracha y tafilete. ¿Será por ventura el *Viridarium* o el *Pomarium*, las *Analectas* o el *Ente dilucidado*?

No anda por ahí el consabido fray Sandalio para sacarnos de la incertidumbre. Pero me inclino a sospechar algo así como el *Orbe y Espejo Eremitico*, el *Teatro histórico-crítico de las misiones de Yndias*, el *The-sauro y centón del Hermeneuta* o la *Expositiva propedeútica*: si no es acaso, acaso, el *Spicilegium magnum, sive excerpta locorum quorundam praestantiorum Scrip-*

(1) Cuando Solís la habitó, hacía mucho tiempo que era monja clarisa la *Maruchuela*, antes objeto de sus mundanos devaneos.

(2) Cfr. *Historia de Nuestra Señora del Campo*, escrita por fray Rafael de la Serna, C. IV, y hecha nuevamente imprimir por el R. P. Almansa, con motivo de sus bodas de oro sacerdotales, en homenaje a la Virgen Santísima bajo tal advocación.

turarum, nempe Patrum sententiis opus consarcinatum, ac bene dispositum, necnon accuratissime conflatum.

Espiando por el resquicio del postigo, se distinguen perfectamente los quevedos del asceta, iguales en tamaño a los del adelantado Meneses que en el museo nacional hemos visto y admirado.

Con ademán cauteloso, si te pilló o no te pilló, el definidor pellizca su pulgarada de tabaco, y sorbe que te sorbe, en arco las cejas, contraídos los lóbulos, fruncida la barbilla, narigada va y resoplido viene, cobra mejores ánimos para engolfarse de nuevo en el pasaje más intrincado del mamotreto rancio. ¡Aquello es un verdadero hallazgo! Se trata del propio Mamachio, y es una prueba sin réplica contra Febronio. Y aquí el buen Padre se da de palmadicas en el colodrillo, distrayendo de sus elucubraciones al Venerable Figueroa (1), predicador de la Guardianía y Descalcez de los Menores Observantes: el cual a veinte pasos hállabase agazapado entre rimeros de librotos, cavila y más cavila bajo la penumbra, recapacitando (ahí es un grano de anís), en la vida y milagros del Señor San Diego de Alcalá, cuyo próximo panegírico le incumbía, ni más ni menos ... cuando de súbito se incorpora y espeluzna, y agítase en pernetas haciendo cabriolas, volcando un tintero, atropellando anaqueles y llevándose de calles cuatro legajos, con pasmo de su colega: todo porque una rata cenobítica, en vía de su escondrijo, saltó rozándole un tobillo con el rabo.

Repuestos del susto ratonil, es tiempo de que bajemos a la iglesia, no sin hacer antes una discreta salvedad.

Esos monjes que por los bosquejos anteriores pudieran parecer apelmazados en beatísimo sosiego, sabían

(1) Fray Francisco de Figueroa, uno de los siete religiosos fundadores: (1627).

ocuparse en bien del prójimo, sacrificando su reposo. Y cumplidores del rigor de la observancia (1), cerceñaban el sueño escaso, ayunaban gran parte del año, maceraban sus cuerpos (2).

Dígalo si no el sacristán, y cuéntenos el caso del penitentísimo Padre Cueva y Palomares (3).

En alta noche, cada martes de cuaresma, acostumbraba el varón santo colarse a hurtadillas en el mortuario: que así llamaban el aposento destinado a velar los difuntos. Varias veces acudió el rondón al ruido de la tunda que a deshoras allí sonaba.

Mas como el disciplinante, por raro capricho, dejase colgado el sayal en un garfio de la puerta, es fama que en dichos talares sacudidos por la ventolera nocturna, creyó ver el otro la semblanza de un fraile decapitado, alzándose tres palmos del suelo y a mangonadas amenazándole sin duda para recobrar su cabeza, es decir, la mismísima calavera que en el escaparate del mortuario se guardaba. El sacristán puso pies en polvorosa y suspendió para siempre sus pesquisas en la sala *De profundis*, aunque no por eso cesaron las azotainas.

* * *

La iglesia es toda de mampostería. No faltan buenas efigies en las hornacinas (4). El trabajo de los ori-

(1) «El convento de recoletos de San Francisco, con título de San Diego, ha producido religiosos de ejemplar virtud y mucha observancia de la regla.» *Groot*, tomo I, capítulo XII.

(2) «En la castidad exemplarissimo, usaba (Solís) de crueles cilicios, disciplinas de hierro, y un vestido de ásperas zerdas que le cubría de los hombros a las rodillas,» dice textualmente la leyenda del retrato suyo conservado en San Francisco.

(3) Fr. José de la Cueva y Palomares, Guardián en 1719.

(4) En el altar mayor son de notar los altos relieves de medio cuerpo, de los santos Luis de Tolosa y Buenaventura (abajo), Bernardino de Sena y Antonio de Padua (arriba).

ves brilla intacto en los altares. Muy por cima del mayor, un gran Cristo domina el conjunto.

Con todo, más cautiva la atención e invita al retraimiento devoto la capillita lateral, consagrada a Nuestra Señora del Campo (1). Para servicio especial suyo, hay en esa nave coro aparte, púlpito y sacristía independiente.

Es de roca arenisca la estatua de la Virgen, y repeséntala en su advocación de Inmaculada, las manos juntas e inclinado un tanto a la derecha el rostro dulcísimo, que de cerca o lejos, y bajo la imperial diadema, resalta en el fondo del camarín decorado con cristales venecianos. Este camarín acogió muchas miradas y plegarias en tiempo de romerías (2), y hasta él entraron en oleaje los ecos de sus cantares

*cada vez que por la senda
romeros iban llegando,
con cirios y ramilletes
para la Virgen del Campo.*

(1) Fue construida en 1629: pero la imagen existía desde mucho antes, medio esculpida por Juan de Cabrera, abandonada luégo para servir de puente en la quebrada de la Cabrera, donde es tradición que se manifestó prodigiosamente; después trasportada al oratorio rural de Alonso López de Mayorga, y más tarde concluida y trasladada a San Diego, donde empezó a recibir culto público, que fue muy popular en el Nuevo Reino.

(2) Duraron hasta 1818. (Por este tiempo ya don Angel Ley era religioso del Convento, cuya Guardianía desempeñó por varios años. Sus conocidas aventuras legendarias, escritas por Pereira Gamba en 1846, fueron vertidas al inglés por Allan Burton. Pero al año siguiente don José Ayarza publicó en la imprenta de Espinosa, una refutación de aquel relato). Después las romerías se renovaron, hasta 1874 (?) en que todavía existían recoletos (entre ellos el P. Barros); los cuales posteriormente se incorporaron al Convento Máximo. El P. Bernalito fue predecesor del P. Almansa en la Capellania de San Diego.

Mucho cabría luégo añadir acerca de los restantes pormenores ornamentales, verbigracia (sobre dos arcos), sendos escudos nobiliarios de don Juan Ortiz Cervantes.

Pero él mismo, para hacernos los honores de la casa como fundador y patrono de la capilla, nos está esperando en el tramo norte o sacristía principal, donde su retrato, de cuerpo entero, se levanta contrapuesto al del rey San Fernando, que espada en mano, vigila los arcones y alacenas con la gallardía de Ruy Campeador al esgrimir

*«la tizona rabitiesa
del mundo temor y espanto.»*

Es Ortiz un caballero de la décimaséptima centuria, con mostachos a la fernandina, gorguera y vestido de negro. Sobre carpeta de guarnecida grana, se ahupa la copa de su sombrero de gala, pero de moda pasada, pues nos hallamos en el reinado de Felipe IV; y sin embargo, aquel cucurucho sombreril, es del estilo y usanza «del muy alto y poderoso monarca señor Philippe II, q. d. D. g.» La mano izquierda muestra una papeleta borrosa, por debajo del capote flotante.

Con tal indumentaria, la traza sería lúgubre si no la regocijara y ennobleciera lo apacible de las facciones. Varios títulos y méritos del piadoso hidalgo limeño van por cuenta y razón enumerados en un ángulo del lienzo (1).

* * *

Concluida la correría, saludada la Virgen, reverenciado Nuestro Amo, encontrábame una tarde descansando al extremo de los escaños del templo. Tardaba

(1) Concuerda con su epitafio que transcrito, en la actual ortografía, dice: *Aquí yace el S. Licenciado Juan Ortiz de Cervantes, que fue del Consejo de Su Majestad, Oidor y Alcalde de Corte en esta Real Audiencia del Nuevo Reino de Granada, fundador y patrono de esta capilla. Murió en 24 de Septiembre.--1629.*

en regresar el Padre Almansa, y mientras repasaba yo en la mente el consejo de cierta tablilla que dice: *Aquí se pide contrición*, cerré maquinalmente los párpados, y quedé aislado así de cualquier murmullo extraño.

Pronto vinieron en tropel muchedumbres de fantasías, tan inquietas como los enjambres de mariposas que al pie del túmulo exterior, preñado de consejas (1), frecuentan el cercado de la plazoleta, entre la verja y el santuario.

La imaginación vio dilatarse delante de sí los ámbitos del recinto claustral; y por él fueron desfilando en comunidad al toque de maitines, diez generaciones de recoletos y demás personajes de la colonial Santafé.

Alternaban allí en buena paz y compañía, chorre-ras, golas y collarines; caras barbihechas y barbas honradas; garnachas, hopalandas y desaforadas pelucas de todas las épocas.

Allí, fiscales del Consejo y escribanos de Cámara de Su Majestad; ítem más, consultores del Santo Oficio y familiares de la Inquisición; auditores de esta Corte; racioneros y alcabaleros jubilados; comisarios de la caballería, maeses de campo, comendadores de Lopera y bailíos de San Juan.

Sorprendí al presidente Saavedra departiendo sin ambages con el virrey Pimienta, quien le llevaba siglo y medio de ventaja, según cómputos palmarios; y de brazo con un chantre del XVIII, el doctor Barasorda Larrazábal se codeaba por otra parte con don Francisco de Porras, antecesor suyo cien años atrás.

El Guardián y el Visitador de la recolección encabezaban la hilera provistos de sendos antifonarios; y

(1) Ha dado lugar a ellas la tradición de que debajo del pedestal de la cruz, fueron enterradas «algunas víctimas del 9 de enero de 1813.» La cruz se erigió cuando la construcción de la iglesia.

a la zaga proseguían centenares de bultos encogullados, quier llevando un candilejo con garabito, quier una farola cuyos reflejos a boca de noche proyectaban hacia el techo las siluetas movedizas de las capuchas, que danzaban fúnebremente a lo largo del envigado. Taciturnos avanzaban los más machuchos o delanteros introduciéndose paso a paso por un portillo lóbrego y lejano. Pero al fin ya de la fila menudeaban, en medio de toses y cuchicheos, los entrecortados diálogos que alcancé a coger al vuelo:

—«Si vuesamerced gusta...

—¿Encontró vuestra paternidad la Capítula?

—A vuelta de galeones, si Dios fuere servido.

—Y lo tasaron en dos doblones.

—Cuatro escudos, querréis vos decir.

—Allá se avenga con ello don Claudio Antonio; pero así lo canta la gallofa para la 4.^a de Adviento, *more solito*, y Dios sea con todos.

—*In obscuris minimum est sequendum, juxta affatum*

—Venía de Santa Agueda y partió para Ansermaviejo.

—¿Va ya convaleciendo fray Blas Josef? (1).

—Tal me lo parece, como no haya sido tabardillo.

—Y unos gazpachos para el hermano repostero, que no ha menester más »....

Por ese tenor prolongábase a media voz la perleta y el discreteo, sacando a colación infra-octavas y cédulas con aforismos y refranes; el Definitorio y la Epacta; el caldo de pollo, el agua de achicoria y el cocimiento de borrajas, pócimas heroicas para el trancazo, las flatulencias y la quartana doble: *peritis in arte credendum*. Y dale que le darás, hasta que apenas lo-
gré después discernir entre palabras sueltas los nom-

(1) Lego en 1719.

bres del Provincial, del Alguacil Mayor y del Maestro Villa y Arellano (1).

Y aconteció que a todas estas, en lo mejor del barrullo, el florete del capitán Brochero pinchó malamente una pantorrilla de don Cristóbal Lechuga, procurador general. El regidor Sáenz del Pontón (2) acudió a socorrerle, pero con tan poca maña, que el espadín buido se le enredó en los capisayos de fray Jerónimo (3), y al pugnar por zafarle, atizó un hurgón al Licenciado Castañaza (4), pisóle un callo al Deán Martínez (5), dióse topes con su Excelencia, y de bruces fue a rodar bajo los parduscos faldamentos del Reverendo Padre Comisario, arrollando consigo a un teniente de milicias.

Intervino don Pepe Taléns (6), bastón en alto, y se armó tal tremolina, como no hay noticia en los archivos. Todo se volvió sopapos, codazos y pernadas; revuelo de cintos, cordones y bocamangas; y todo en silencio mayor que cuando la aventura de la dueña Doña Rodríguez. Al Alcalde ordinario perdiósele *ipso facto* una hebilla con otras zarandajas; al Maestrescuela se le trozó el rosario; el tricornio del Alférez Real cayó en el aljibe; y el cabildante Vargas Machuca verificó por activa y por pasiva su segundo apellido.

Y hé aquí que la turba de sombras se desvaneció de improviso por arte de brujería, y sólo quedó a la

(1) «Dexó sus casas para hacer la fiesta de Ntra. Sra. del Campo,» dice la relación manuscrita que existe en el Archivo de la Catedral, extractada de Ocariz.

(2) Este y los anteriores desempeñaban sus cargos en 1724.

(3) Fray Jerónimo Liger Durán (1627).

(4) Sobrino del Arzobispo Cortázar (1630).

(5) (1791).

(6) Alcalde en 1724, y cuya vida daría materia para una leyenda.

postre, como reliquia rezagada, una figura viviente y afable, destacándose detrás de un cancel con el desmayado sombrero alón, las guedejas y el hábito raído que todos conocemos.

Un ladrido intempestivo de la perra Tosca, me des-pabiló los ojos. La luz postrera del poniente, aquende una vidriera, daba de lleno en el semblante del Crucifijo; bañaba el busto del Apóstol compiutense; retocaba los dorados florones; y fundiéndose con los destellos de la lámpara, iluminaba el Tabernáculo, donde aún perdura oculto el Señor de los días antiguos, el Dios vivo que extinguida la Colonia, jamás envejece; y ahí, al cabo de trescientos años, sigue incólume, custodiando las cenizas ateridas de Ortiz Cervantes.

Afuera mugía en los arbolados y matorros el viento nocherniego, que simulaba clamores de salmodia y apagadas quejas, a guisa de protesta contra las realidades prosaicas del presente.

JUAN CRISÓSTOMO GARCIA
Presbítero.

